

dote, le temían por rico... y sospechaban algo. De lo que no hablaba la multitud era del asunto de *las faldas*. Allá cuando la Revolución, se había dicho si tenía ó no tenía don Fermin aventuras en los barrios bajos; pero ya nadie se acordaba por allí de tales cuentos. Los obreros que entonces llevaban la voz en la propaganda revolucionaria habían muerto, ó habían envejecido, ó se habían dispersado, ó estaban desengañados de *la idea*; la generación nueva no era clerófoba más que á ratos; era amiga de la taberna, no del club. Se hablaba sólo de revolución social; y ya se decía que los curas no son ni más ni menos malos que los demás *burgueses*. Malo era el fanatismo, pero el *capital* era peor. No había en los barrios bajos un elemento de activa propaganda contra las sotanas. El Magistral era allí más despreciado que aborrecido. Pero el escándalo de don Santos el de los Cristos, como le llamaban; dos ó tres rasgos de despotismo en la curia eclesiástica, el dineral que costaba casarse—como si antes no costara lo mismo—y las acciones del Banco, volvieron á encender los odios, y esta vez se habló de colgar al Provisor y demás *clerigalla*.

Quien más gozaba con aquella propaganda de infamia, después de Gloucester que la creía obra suya exclusivamente, era don Alvaro Mesía. Ya aborrecía de muerte al Magistral. «Era el primer hombre ¡y *con faldas!* que le ponía el pié delante: el primer rival que le disputaba una presa, y con trazas de llevársela.» «Tal vez se la había llevado ya. Tal vez la fina y corrosiva labor del confesonario había podido más que su sistema prudente, que aquel sitio de meses y meses, al fin del cual el *arte* decía que estaba la rendición de la mas robusta fortaleza. Yo pongo el cerco, pero ¿quién sabe si él ha entrado por la mina? El dandy vetustense sudaba de congoja recordando lo mucho que habia padecido bajo el poder de don Víctor Quin-

tanar, que según su cuenta, en pocos meses de íntima amistad le había *declamado* todo el teatro de Calderón, Lope, Tirso, Rojas, Moreto y Alarcón. Y todo, ¿para qué? «Para que el diablo haga á esa señora caer en cama, tomarle miedo á la muerte, y de amable, sensible y condescendiente (que era el primer paso), convertirse en arisca, timorata, mística... pero mística de verdad. ¿Y quién se la había puesto así? El Magistral, ¿qué duda cabía? Cuando él comenzaba á preparar la escena de la declaración, á la que había de seguir de cerca la del *ataque personal*, cuando la próxima primavera prometía eficaz ayuda.... se encuentra con que la señora tiene fiebre.» «La señora no recibe», y estuvo sin verla quince días. Se le permitía llegar al gabinete, preguntarle cómo estaba... pero no entrar en la alcoba. Él había ido á visitarla todos los días, pero como si no, no le dejaban verla. Y ¡oh rabia! el Magistral, él lo había visto, pasaba sin obstáculo, y estaba solo con ella. «La lucha era desigual.» Durante la primer convalecencia, que duró pocos días, se le permitió á él también entrar en la alcoba dos ó tres veces; pero nunca pudo hablar á solas con Ana. Y lo más triste había



sido después; cuando la segunda arremetida del mal, que fué tan peligrosa, cedió el paso poco á poco á la salud. Ana le recibió en su gabinete. ¡Pero cómo! Por de pronto estaba bastante delgada, y pálida como una muerta. «Hermosísima, eso sí, hermosísima... pero á lo romántico. Con mujeres de aquellas carnes y de aquella sangre no luchaba él. Estaba entregada á Dios. ¡Claro! ¡Apenas comía! No podía levantar un brazo sin cansarse.» Don Alvaro calculaba, furioso de impaciencia, cuánto tiempo tardaría aquella *naturaleza* en adquirir la fuerza necesaria para volver á sentir los impulsos sensuales, que eran la fe viva del señor Mesía y su esperanza. Tardaría mucho. Mientras tanto él no podría emprender nada de provecho. «Y el Magistral estaba haciendo allí su agosto; embutiendo aquel cerebro débil de visiones celestes... Ana era otra para él. No le miraba jamás, y las pocas palabras con que contestaba á las preguntas de cariñoso interés, eran corteses, afables, pero frías, como cortadas por patrón. Á veces se le ocurría á él si se las dictaría el Magistral.» Una tarde comía la Regenta en presencia de su esposo, don Alvaro y De Pas. Le costaba lágrimas cada bocado. El Magistral opinaba que á la fuerza no debía comer. Entonces Mesía tomó con mucho calor la defensa del alimento obligatorio.

—Yo creo, con permiso de este señor canónigo, que lo principal aquí es sentirse bien; y pronto, para que no se apodere la anemia de ese organismo...

—Oh, amigo mío—replicó el Magistral, sonriendo con mucha amabilidad—la anemia, Vd. sabe mejor que yo que puede venir á pesar del alimento... Además, comer no es lo mismo que alimentarse...

—Pues, con permiso del señor canónigo, yo aconsejaría carne cruda, mucha carne á la inglesa...

«¡Oh! le corría prisa; hubiera dado sangre de un brazo por verla correr por aquellas venas que se figu-

raba exhaustas. ¡La vida, la fuerza, á todo trance, para aquella mujer! Hasta habló un día don Alvaro de transfusiones. «La ciencia había adelantado mucho en esta materia.»

Somoza solía aprobar moviendo la cabeza y diciendo:

—¡Mucho! mucho! ¡oh, sí, la ciencia! mucho!... la transfusión!... claro! Tenía cierto miedo á los conocimientos médicos de don Alvaro. Aquel hombre que iba á París y traía aquellos sombreros blancos y citaba á Claudio Bernard y á Pasteur... debía de saber más que él de medicina moderna... porque él, Somoza, no leía libros, ya se sabe, no tenía tiempo.

Pero la Regenta mejoraba; volvía la sangre, aunque poco á poco; los músculos se fortalecían y redondeaban... y la frialdad y la reserva no desaparecían. Don Víctor siempre el mismo para su don Alvaro; seguían las confidencias acompañadas de cerveza... pero Ana jamás se presentaba. Si don Alvaro se atrevía á preguntar por ella, don Víctor fingía no oír, ó mudaba de conversación; si el otro insistía, Quintanar suspiraba y encogiendo los hombros decía:

—¡Déjela Vd... estará rezando!

—¡Rezando!... Pero tanto rezar puede matarla...

—No... sí... no reza... es decir... oración mental... ¿qué sé yo?... cosas de ella. Hay que dejarla.

Y suspiraba otra vez. Sí, había que dejarla. Pero á solas, don Alvaro se mesaba los rubios y finos cabellos ¡quién lo diría! se llamaba animal, bestia, bruto, como si no fuera todo lo mismo, y se decía:

—¡Me he portado como un cadete! Me ha perdido la timidez... Debí dar el *ataque personal* una noche que la encontré á oscuras... ó aquella tarde del cenador...

Pero no lo había dado... Y ahora no había remedio. Un día llegó Ana *al extremo* de retirar la mano, que él solicitaba con la suya extendida. Buscó un pre-

texto con la habilidad rápida que tienen las mujeres... y... no le dió la mano. No volvió á tocarle aquellos dedos suaves. Y es más, apenas la veía.

«—¡ Oh, á él, á don Alvaro Mesía le pasaba aquello! ¿Y el ridículo? ¡ Qué diría Visita, qué diría Obdulia, qué diría Ronzal, qué diría el mundo entero!

»Dirían que un cura le había derrotado. ¡ Aquello pedía sangre! Sí, pero ésta era otra. « Si don Alvaro se figuraba al Magistral vestido de levita, acudiendo á un duelo á que él le retaba... sentía escalofríos. » Se acordaba de la prueba de fuerza muscular en que el canónigo le había vencido delante de Ana misma. Aquel valor que él sentía ante una sotana, por la esperanza irreflexiva de que la mansedumbre obliga al clérigo á no devolver las bofetadas, aquel valor desaparecía pensando en los puños de don Fermín. « No había salida. No había más que acabar con él ayudando á Foja, ayudando á Gloucester, á todos los enemigos del tirano eclesiástico. »

Por las tardes, paseándose en el Espolón, donde ya iban quedándose á sus anchas curas y magistrados, porque el mundanal ruido se iba á la sombra de los árboles frondosos del Paseo grande, don Alvaro solía cruzarse con el Provisor; y se saludaban con grandes reverencias, pero el seglar se sentía humillado, y un rubor ligero le subía á las mejillas. Se le figuraba que todos los presentes les miraban á los dos y los comparaban, y encontraban más fuerte, más hábil, más airoso al vencedor, al cura. Don Fermín era el de siempre; arrogante en su humildad, que más quería parecer cortesía que virtud cristiana; sonriente, esbelto, armonioso al andar, enfático en el sonsonete rítmico del manteo ampuloso, pasaba desafiando el qué dirán, con imperturbable sangre fría. Solían juntarse en el Espolón los tres mejores mozos del Cabildo; el chantre, alto y corpulento, el pariente del ministro, más fino,

más delgado, pero muy largo también, y don Fermín, el más elegante y poco menos alto que la dignidad. Gastaban entre los tres muchas varas de paño negro reluciente, immaculado; eran como firmes columnas de la iglesia, enlutadas con fúnebres colgaduras. Y á pesar de la tristeza del traje y de la seriedad del continente, don Alvaro adivinaba en aquel grupo una seducción para las vetustenses; iba allí el prestigio de la Iglesia, el prestigio de la gracia, el prestigio del talento, el prestigio de la salud, de la fuerza y de la carne que medró cuanto quiso... Él se figuraba tres monjas hermosas, buenas mozas, que tuviesen además talento, gracia; se las figuraba paseando por el Espolón... y estaba seguro de que los ojos de los hombres se irían tras ellas. Pues lo mismo debía de suceder se irían tras ellas. Y, en efecto, en los saludos que las señoras que todavía paseaban en el Espolón dedicaban á los tres buenos mozos del Cabildo, á las tres torres davidicas, creía ver el Presidente del Casino ocultos deseos, declaraciones inconscientes de la lascivia refinada y contrahecha.

Cada día aumentaba en don Alvaro la superstición del confesonario, cada día creía más poderosa la influencia del cura sobre la mujer que le cuenta sus culpas. Y mirando á las damas que iban y venían, unas elegantes, lujosas, otras enlutadas ó con hábito humilde, todas deseando á su modo agradar, todas procurando, Mesía imaginaba secretos hilos invisibles que iban de faldas á faldas, de la sotana á la basquiña, del cura á la hembra.

En suma, don Alvaro tenía celos, envidia y rabia. Su materialismo subrepticio era más radical que nunca. « Nada, nada, fuerza y materia, no hay más que eso, » pensaba.

Y sino fuera porque los partidos avanzados nunca son poder ó lo son poco tiempo, se hubiera decla-

rado demagogo y enemigo de la religión del Estado.

Llegó al extremo de proponer en la Junta del Casino que no se celebrara en adelante ninguna fiesta de orden religioso colgando é iluminando los balcones. Ronzal se opuso, pero el Presidente se impuso y se votó aquella abstención. ¡Había triunfado al cabo don Pompeyo Guimarán!

Don Alvaro quería que el ateo volviese al Casino, hacía falta aquel refuerzo á los que se empeñaban en deshonorar al Magistral. Foja y Joaquinito Orgaz que capitaneaban la partida de los murmuradores, propusieron á don Alvaro que fuera una comisión á buscar á don Pompeyo para restituirlo al Casino, «de donde nunca debió haber salido.» Se celebraría la *restauración* de Guimarán con una buena cena. Paco el Marquesito, á pesar de que como buen aristócrata se creía obligado á ser religioso *en la forma por lo menos*, se opuso al principio á los proyectos de Foja y Orgaz, pero considerando que su amigo, su ídolo Mesía deseaba tener allí al otro para que le ayudara á desacreditar al Provisor, y considerando que iban á divertirse de veras en el *gaudeamus* de la noche, falló que debía ayudar y ayudaba á los enemigos del Magistral y se agregó á la comisión que fué á buscar á don Pompeyo.

Fueron: el señor Foja, ex-alcalde, Paco Vegallana y Joaquín Orgaz.

Los recibió el señor Guimarán en su despacho, lleno de periódicos y bustos de yeso, baratos, que representaban bien ó mal á Voltaire, Rousseau, Dante, Francklin y Torcuato Tasso, por el orden de colocación sobre la cornisa de los estantes, llenos de libros viejos.

Usaba don Pompeyo en casa bata de cuadros azules y blancos, en forma de tablero de damas. Acogió á los comisionados con la amabilidad que le distinguía y ocultando mal la sorpresa.

«¿Á qué vendrían aquellos señores? ¿Querrían darle alguna broma? No lo esperaba.» De todos modos el ver allí al hijo del marqués de Vegallana le inundaba el alma de alegría, aunque él no quisiera reconocerlo.

Cuando supo de lo que se trataba, por boca de Foja, tuvo que levantarse para ocultar la emoción. Sintió que la hebilla del chaleco estallaba en su espalda.

—Señores—pudo decir al cabo con voz temblorosa—si un juramento solemne no me obligara á permanecer en el ostracismo que voluntariamente me impuse hace tantos años, ó mejor dicho, que me impulsieron el fanatismo y la injusticia, si eso no fuera, yo volvería con mil amores al seno de aquella sociedad de la que fuí fundador con otros seis ó siete amigos. ¿Y cómo no, señores, si allí corrieron los mejores días para mí, en pláticas provechosas y amenas con el elemento más culto de la población? Allí la tolerancia solía tener su asiento; y las personas, los personajes en quien más arraigadas están ciertas ideas venerables al fin, porque son profesadas con sinceridad y vienen hasta cierto punto de abolengo, obligan por la raza, esos mismos personajes, entre los cuales cuento al papá de este joven ilustrado, á mi buen amigo y condiscípulo el excelentísimo señor marqués de Vegallana, respetaban mis opiniones, como yo las suyas. Lo que Vds. hacen ahora nunca lo agradeceré yo bastante. Pero lo principal ya se ha logrado; la libertad del pensamiento vuelve á brillar en el Casino... Mi aspiración se ha realizado. Ahora, por lo que á mí toca, señores, debo declarar que no puedo romper un voto solemne, un juramento... y no iré con Vds., aunque bien quisiera.

La comisión insistió, conociendo en la cara de don Pompeyo que vencerían.

Foja presentó un argumento de mucha fuerza.

—Dice Vd., señor don Pompeyo, que por su gusto vendría con nosotros, se restituiría al Casino...

—Con mil amores! esa es la palabra... me restituiría...

—Qué únicamente le retrae el juramento...

—Eso, el juramento solemne de no poner en mi vida allí los piés.

—¿Pero qué solemnidad ni qué castañuelas? y usted dispense que me exprese así. El que jura, pone á Dios por testigo; pero Vd. no cree en Dios... luego Vd. no puede jurar.

—Perfectamente—dijo Joaquinito Orgaz; de *p* y *p* y doble *u*; y se puso en pié para hacer una pirueta flamenca.

Creía Joaquín que en casa de un ateo de profesión, de un loco, en otros términos, la buena crianza estaba de más.

Don Pompeyo se quedó mirando á Orgaz asombrado de su desfachatez, mientras consideraba el argumento de Foja.

No tenía que contestar.

Al cabo dijo:

—La verdad es... que jurar... yo no puedo jurar... pero... metafóricamente... Además, puedo prometer por mi honor...

—Pero amigo, en aquella ocasión Vd. no prometió por su honor; juró Vd. no poner allí los piés... todo Vetusta recuerda sus palabras de Vd.

Don Pompeyo sintió vapores en la cabeza al oír que todo Vetusta recordaba sus palabras.

Pero insistió, aunque más débilmente cada vez, en su negativa.

Foja guiñó el ojo al Marquesito. Empezó entonces éste el ataque, y Guimarán no pudo resistir más. Se rindió.

¡El hijo de Vegallana, del primer aristócrata, venía

á suplicarle que volviera al Casino! Oh, aquello era demasiado. No pudo sostener la fortaleza de su resolución.

—Después de todo—dijo—en el mero hecho de haberse restablecido la legislación que yo invocaba... ya puedo pisar sin desdoro aquel pavimento...

—Pues claro que puede Vd. pisar. Nada, nada; póngase Vd. la levita, que la cena espera.

—¿Qué cena?

—Sí, señor; se ha acordado por el elemento vencedor, por los que solicitan la presencia de Vd., obsequiarle con un banquete... y vamos á cenar juntos unos doce amigos...

Don Pompeyo no sabía si debía aceptar... No le dejaron ser modesto; y corrió aturdido á ponerse la levita y el sombrero de copa alta. Estaba deslumbrado, y creía sentir al rededor de su cuerpo un baño; un baño de agua rosada.

La presencia del Marquesito era el principal factor de aquella alegría. «¡Oh! al fin la aristocracia era algo, algo más que una palabra, era un elemento histórico, una grandeza positiva... podía haber nobleza y no haber Dios... ¿qué duda cabía?»

Una hora después en el comedor del Casino que ocupaba una crugia del segundo piso, no lejos de la sala de juego, se sentaban á la mesa presidida por don Pompeyo Guimarán, don Álvaro Mesía, enfrente del protagonista, y en agradable confusión después, sin pensar en preferencias de sitio, Paco Vegallana, Orgaz padre é hijo, Foja, don Frutos Redondo (que acudía á todas las cenas fuesen del partido religioso ó político que fuesen), el capitán Bedoya, el coronel Fulgosio, desterrado por republicano, famoso por sus malas pulgas y buena espada, un tal Juanito Reseco, que escribía en los periódicos de Madrid y venía á Vetusta, su patria, á darse tono de vez en cuando, y además

un banquero y varios jóvenes de la *bolsa* de Mesía, trasnochadores abonados del Casino.

Pocas veces comía en la fonda don Pompeyo, y como sus relaciones con los poderosos de la tierra eran muy poco íntimas, casi nunca veía una mesa bien puesta. Así le parecía digno de Baltasar aquel vulgarísimo aparato de restaurant provinciano. El mantel adamasgado, más terso que fino; los platos pesados, gruesos; de blanco mate con filete de oro; las servilletas en forma de tienda de campaña dentro de las copas grandes, la fila escalonada de las destinadas a los vinos; las conchas de porcelana que ostentaban rojos pimientos, cárdena lengua de escarlata, húmedas aceitunas, pepinillos rozagantes y otros entremeses; la gravedad aristocrática de las botellas de Burdeos, que guardaban su aromático licor como un secreto; los reflejos de la luz quebrándose en el vino y en las copas vacías y en los cubiertos relucientes de plata Meneses; el centro de mesa en que se erguía un ramillete de trapo con guardia de honor de dos floreros cilíndricos con pinturas chinescas, de cuya boca salían imitaciones groseras de no se sabía qué plantas, pero que a don Pompeyo le recordaban la cabellera rubia y estoposa de alguna *miss* de circo ecuestre; las cajas de cigarros, unas de madera olorosa, otras de latón; los talleres cursis y embarazosos cargados con aceite y vinagre y con más especias que un barco de Oriente;... todo contribuía a deslumbrar al buen ateo, que contemplaba sonriendo y fascinado el conjunto claro, alegre, fresco, vivo, lleno de promesas, de la mesa aún pulcra, correcta, intacta.

Se comenzó a comer sin mucho ruido; todos se esforzaban en decir chistes. Joaquinito se burlaba del servicio y hablaba de Fornos... y de La Taurina y el Puerto, donde se cenaba *por todo lo flamenco*.

Todos comían mucho, menos don Pompeyo a quien

la emoción apretaba la garganta. Desde el segundo plato comenzó a atormentarle un cuidado. «Estoy, pensó, en el ineludible compromiso de brindar; tengo que improvisar un discurso.» Y ya no comió bocado que le aprovechase. Oía hablar como quien oye llover; sonreía a derecha e izquierda, contestaba con monosílabos, pero él pensaba en su brindis; las orejas se le convertían en brásas y a veces sentía náuseas y temblor de piernas. En resumidas cuentas, estaba pasando un mal rato. Él esperaba que las cosas sucedieran así: hablaría primero don Álvaro, haría un elogio de la constancia con que él, don Pompeyo, había sostenido la idea santa de la libertad de pensamiento, y prometería en nombre de la Junta que el Casino jamás tendría religión, como no debía tenerla el Estado. Después hablarían Foja, el Marquesito y otros, abundando en las mismas ideas... y por último él, Guimarán, tendría que levantarse a... *hacer el resumen*. Y mientras comía y bebía por máquina preparaba su arenga, sin poder pasar del exordio, que quería original, sin afectación, modesto sin falsa humildad... «Estos jóvenes... debieron haberme avisado ayer... y entonces tendría yo tiempo.»

Contra lo que esperaba el ateo, la conversación, al llegar el Champaña, había tomado un rumbo que no podía llevarla a los asuntos serios que él creía propios de aquella solemnidad. Se hablaba de mujeres. Casi todos echaban de menos la edad de las ilusiones, no por las ilusiones, sino por la secreta fuerza, que según ellos, era su origen. Se declaraban, aun los jóvenes, en la edad triste en que el amor es de cabeza, pura imaginación. Sólo Paco, franco y noble, confesaba que se sentía mejor que nunca, a pesar de haber vivido tanto como cualquiera.

Uno de los compañeros de bolsa de Mesía, viejo verde de cincuenta años, el señor Palma, banquero, la-

mentaba que la juventud no fuese eterna, y con lágrimas en los ojos, de pié, con una copa ya vacía en la mano, exponía su sistema filosófico de un pesimismo desgarrador, como decía el capitán Bedoya. Hubo interrupciones y entonces la conversación tomó un vuelo más alto; Guimarán se dignó prestar atención. Se hablaba ya de la otra vida, y de la moral, que era relativa según la opinión de la mayoría.

Foja, pálido, desencajado, con voz temblorosa, sostenía que no había moral de ninguna clase—y también se puso de pié;—que el hombre era un animal de costumbres; que cada cual barria para dentro.

—*Homo homini lupus*—advirtió Bedoya el capitán.

El coronel Fulgoso le miró con respeto y aprobó la proposición sin entenderla.

—Eso es la lucha por la existencia—dijo muy serio Joaquinito Orgaz.

—No hay más que materia...—añadió Foja, que sólo en sus borracheras exponía sus opiniones filosóficas.

—Fuerza y materia—dijo Orgaz padre—que lo había oído á su hijo.

—Materia... y pesetas—rectificó Juanito Reseco—con voz aguda, estridente y cargada de una ironía que Orgaz padre no podía comprender.

—Eso es—gritó el orador Palma; y siguió brindando por todas las excelencias naturales que él echaba de menos en su miserable cuerpo de anémico incurable.

Se volvió al amor y á las mujeres, y comenzaron las confesiones, coincidiendo con el café y los licores, sacatrapos del corazón. Entre la ceniza de los cigarros, las migas de pan, las manchas de salsa y vino, rodaron el nombre y el honor de muchas señoras. «Allí se podía decir todo, estaban solos, todos eran unos.» Mesía hablaba poco; era su costumbre en tales casos. Te-

mía estas expansiones en que se toma por amigo á cualquiera y en que se dicen secretos que en vano después se querría recoger. Mientras los demás referían aventuras vulgares, sin gloria, él atento á sus pensamientos, con un codo apoyado en la mesa y la barba apoyada en la mano, fumaba un buen cigarro besando el tabaco con cariño y voluptuosa calma; los ojos animados, húmedos, llenos de reflejos de la luz y de reflejos eléctricos del vino, se fijaban en el techo. Las demás figuras de la cena eran vulgares, su embriaguez no tenía dignidad, ni gracia la libertad de sus posturas. Mesía estaba hermoso; se notaba mejor que nunca la esbeltez y armonía de sus formas de buen mozo elegante; en su rostro correcto los vapores de la gula no imprimían groseras tintas, sino cierta espiritualidad entre melancólica y lasciva; se veía allí al hombre del vicio, pero sacerdote, no víctima: dominaba él á su borrachera, *morigerada*, señoril, discreta. Don Álvaro, á solas entre aquellos pobres diablos, soñaba despierto, enternecido. En aquellos momentos se creía enamorado de veras, y se creía y se sentía de veras interesante. Aunque él era sensualista ¡qué diablo! la sensualidad, pensaba, también tiene su romanticismo. El *clair de lune* es *clair de lune* aunque la luna sea un cacho de hierro viejo, una herradura de algún caballo del sol.

Y pasaban por su memoria y por su imaginación recuerdos de noches de amor, no todas claras ni todas poéticas, pero muchas, muchas noches de amor. Y sintió comecón de hablar, de contar sus hazañas. Este prurito era nuevo en él; no lo había sentido hasta que la Regenta le había humillado con su resistencia.

Dos ó tres veces intervino en la algazara para dar su dictamen tan lleno de experiencia en asuntos amorosos. Y todos se volvieron á él, y callaron los demás para oírle. Entonces habló, sin poder remediarlo, para

satisfacer secreto impulso de rehabilitarse con su historia. Habló el maestro. Quitó el codo de la mesa y apoyó en ella los dos brazos cruzando las manos, entre cuyos dedos oprimía el cigarro, cargado con una pulgada de ceniza; inclinó un poco la cabeza, con cierto misticismo báquico, y con los ojos levantados á la luz de la araña, con palabra suave, tibia, lenta, comenzó la confesión que oían sus amigos con silencio de iglesia. Los que estaban lejos se incorporaban para escuchar, apoyándose en la mesa ó en el hombro del más cercano. Recordaba el cuadro, por modo miserable, la *Cena* de Leonardo de Vinci.

La atención profunda del auditorio, el interés que se asomaba á las miradas y á las bocas entreabiertas, sedujeron al Tenorio de Vetusta, le halagaron y habló como podría hablar sobre el pecho de un amigo. Joaquín Orgaz y el Marquesito oían con recogimiento de sectario al maestro. Aquella era palabra de sabiduría.

Unas veces las aventuras eran románticas, peligrosas, de audacia y fortuna; las más probaban la flaqueza de la mujer, sea quien sea; otras demostraban la necesidad de prescindir de escrúpulos; muchas el buen éxito de la constancia, de la astucia y de la rapidez en el ataque.

De vez en cuando el silencio era interrumpido por carcajadas estrepitosas; era que una aventura cómica alegraba al concurso, sacándole de su estupor malo y corrosivo. Entre la admiración general serpeaba la envidia abrazada á la lujuria: las tenias del alma. Los ojos brillaban secos.

El arte del seductor se extendía sobre aquel mantel, ya arrugado y sucio; anfiteatro propio del cadáver del amor carnal.

Mesia se dejaba ver por dentro, más que por complacer á sus oyentes, por oírse á sí mismo, por saber que él era todavía quien era.

